

6. SEGUNDA LECCIÓN.

SEGUNDA PARTE: ABRIR EL TEMPLO

Abrir (y cerrar) el Templo es un procedimiento ritual que se hace para empezar (y terminar) una sesión de trabajo.

El Templo es la casa de Dios, la morada de la Presencia Divina. Templo puede ser todo el macrocosmos, un lugar geográfico (como una montaña), una edificación física (el significado corriente), el cuerpo humano, el ser interno del hombre, etc.

El Templo es, por consiguiente, un símbolo de la totalidad. Es el lugar de apertura a lo divino, de encuentro de lo divino y lo humano, de intersección de todos los niveles y de reunión de todos los seres de la Creación. Pues cuando la Presencia de Dios llena el Templo (Isaías, Cap. 6) “toda la Tierra está llena de su Gloria”.

El Templo tiene una estructura simbólica más o menos compleja, pero esencialmente consta de un centro y una periferia o contorno. El centro es el emanador de fuerza. La periferia está destinada, por una parte a contener esa fuerza y por otra a excluir lo que no es ella (es decir, a separar lo profano y lo sagrado).

¿Por qué esta separación si en última instancia toda dicotomía debe desaparecer?

Antes de unir los niveles estos deben estar nítidamente separados. La evolución consiste en “unificar tras diferenciar”. Lo profano debe trascenderse incluyéndose o comprendiéndose en lo sagrado, no a la inversa. Al final los límites del Templo convergen a los límites del mundo, pero antes es un huevo que se incubaba hacia dentro. El nuevo ser, la conciencia mística resultante, puede después romper el cascarón y volar libremente.

Nosotros como símbolo fundamental del Templo vamos a utilizar el círculo-cruz, es decir, una cruz de brazos iguales enmarcada en un círculo. Queda así determinado el centro, la periferia y la relación entre ambos. Se trata de un símbolo fundamental de Maljút, la décima sefirá, que siempre presenta una estructura cuádruple. Jung atribuye además a la cuadratura del círculo, expresada como mandala, el ser un símbolo de la totalidad, tanto cósmica como psicológica (el self o sí mismo).

En el centro del círculo-cruz, como símbolo del uno, está el altar sobre el que permanentemente brilla la luz. Tenemos, pues, una definición de altar: el lugar de focalización de la Presencia Divina. El altar arquetípico tendría la forma de doble cubo (dos cubos adosados). Ésta es una figura de diez caras¹, lo que da una representación completa del Árbol de la Vida y es por tanto un símbolo adecuado de manifestación de la Presencia (el diez de Maljút).

Así pues, el círculo-cruz es una estructura en la que se combinan las distintas dimensiones de la existencia, que se encuentran en el centro.

A saber, es un símbolo de:

a) Espacialidad, orientándose según los cuatro puntos cardinales: Este, Sur, Oeste y Norte. También: Delante, detrás, derecha e izquierda.

¹ Cada cubo tiene seis caras, pero dos se neutralizan al estar unidas y quedar dentro del conjunto.

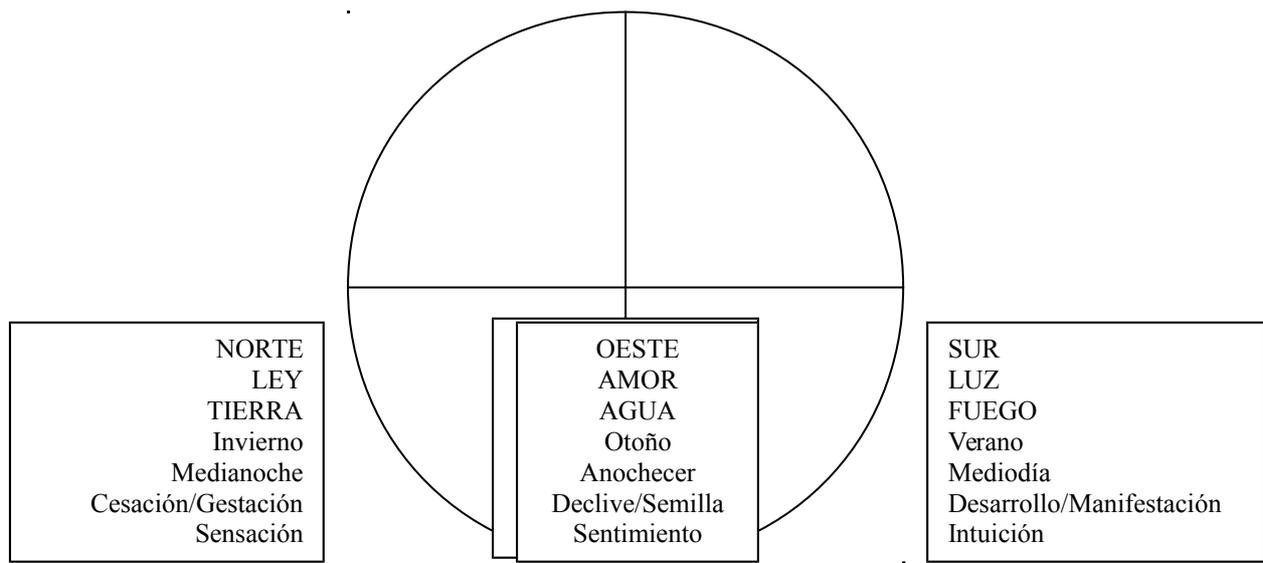
b) Temporalidad, que se proyecta al nivel del año en las cuatro estaciones (primavera, verano, otoño, invierno), al nivel del día en los cuatro momentos solares fundamentales (amanecer, mediodía, anochecer, medianoche), al nivel de un proceso cualquiera en sus cuatro fases fundamentales (inicio o nacimiento, desarrollo o manifestación, declive y/o semilla, cesación y/o gestación).

c) Sustancialidad, expresada en los cuatro elementos o modos fundamentales de ser: Aire, Fuego, Agua y Tierra. O bien, Vida, Luz, Amor y Ley. También, Fuerza condicionada, fuerza incondicionada, forma incondicionada, forma condicionada, etc.

d) Verticalidad, en la manifestación sincrónica o simultánea de los cuatro mundos cabalísticos: mundo divino, mundo espiritual o del ser, mundo psíquico o de los contenidos de la mente, mundo de la acción o fenoménico.

e) Psicología, expresada en las cuatro funciones (pensamiento, intuición, sentimiento y sensación) que son los puntos de encuentro del yo con el mundo.

En el siguiente gráfico de correspondencias se resumen los conceptos anteriores:



El Círculo-Cruz. Correspondencias

Abrir y cerrar el Templo consiste en el establecimiento del círculo-cruz – sobre el suelo y en cada uno de los puntos cardinales² – mediante una combinación de gestos y movimientos rituales acompañados de ciertas alocuciones y trabajo interno de tipo psíquico y meditativo.

Es un ritual que se hace antes y después de cada operación, incluyendo simples meditaciones o ejercicios de concentración y visualización. Forma parte de lo que sería el programa o protocolo diario de trabajo, lo que llamaríamos el seder (o sadhana, en otras tradiciones) personal.

Su finalidad es múltiple:

- Consagrar (temporalmente) un lugar. Hay que señalar que en esencia la palabra santo o sagrado significa separado. Consagrar no es otra cosa que separar y destinar algo a un uso específico.

- Separar nítidamente (otra forma de consagración) de la vida cotidiana los ejercicios y actividades del trabajo interior. Estos forman parte de una práctica consagrada que exige toda la atención. Los planos no deben mezclarse. El individuo no debe consentir, por ejemplo, tener un aluvión inesperado de imágenes psíquicas durante sus actividades cotidianas, cuando sus mecanismos de defensa están relajados por tener su atención puesta en otra cosa. Eso sería un signo de desequilibrio y falta de maestría. Un principio básico es que el individuo debe ser siempre el maestro de su propia psique.

- Protegerse y aislarse de toda influencia ajena al trabajo que se está realizando. En consonancia con lo anterior, en todo momento hay que tener presente que la voluntad es un poder inquebrantable que sólo a la Deidad debe sometimiento. Ninguna influencia no deseada puede tener acceso a la persona si ésta no se lo permite.

- Sintonizarse con las fuerzas del mandala, es decir, de la totalidad.

El **procedimiento** a seguir es el siguiente:

1. Elegir una habitación o un lugar (puede ser una parte de una habitación) en el que la persona pueda aislarse plenamente y estar segura de que no va a sufrir interferencias de ningún tipo (para lo cual habrá tomado las medidas oportunas). Ese va a ser su lugar de trabajo habitual en el que va a realizar el ritual de abrir el Templo. Una vez terminado el trabajo el Templo se cierra, con lo que el sitio retorna a su condición “profana” habitual.

Es evidente que cada cual debe adaptarse a sus propias circunstancias. Si bien es conveniente meditar siempre en el mismo lugar y a la misma hora – así la mente se sintoniza casi automáticamente, sin esfuerzo – las necesidades particulares pueden exigir horas diferentes o distintos sitios según los días.

2. Una vez decidida el área de trabajo, se limpia y se retira lo no necesario. Los elementos a utilizar son: un asiento – silla, banqueta, cojín, etc. – y una vela sobre un altar que estará en el centro del lugar.

La vela en principio será de color blanco, aunque en meditaciones específicas pueden usarse velas de los colores apropiados, por ejemplo del color de la sefirá sobre la que se esté trabajando. En las meditaciones de los senderos pueden usarse tres velas: una de la esfera de partida; otra de la de llegada; y la tercera del color relativo al sendero en sí.

Como altar puede servir una mesita o cualquier otro objeto que presente una superficie. Ésta podrá dejarse al desnudo o cubrirse con un mantel conveniente (que

² Ya que dentro de cada mundo hay cuatro mundos, dentro de cada elemento hay cuatro subelementos, etc.

también podrá ser de color, etc.) En todo esto es necesario dejar un lugar a la propia creatividad.

3. Después de preparar el lugar hay que dedicar unos instantes a una mínima preparación personal: Se para un momento y se busca un punto de equilibrio interior (centración). Uno se cierra tanto a influencias extrañas como a las propias distracciones. Esto se hace en el centro del lugar de trabajo, frente al altar, mirando al Este.

4. Se asume la posición inicial, que es de pie, recto, con los pies juntos y mirando al Este. Todo en el Templo es simbólico, incluida la posición de las manos. Mientras éstas no se utilizan las dos manos se apoyan sobre el pecho, a la altura del corazón, con los dedos extendidos y el pulgar en posición vertical respecto de la palma y del resto de los dedos. Las puntas de los dedos medios se tocan levemente sobre el centro del pecho. Los codos deben estar bajos, junto al tronco.

Cuando se está de pie, ésta es la posición general de receptividad y alerta. Las manos se hallan prontas a ser utilizadas. Al mismo tiempo todos los dedos están reunidos alrededor del centro del corazón, el Tiferet del cuerpo.

El signo de invocación se hace con la mano derecha; los dedos índice y medio están extendidos, y el anular y el meñique doblados con el pulgar sobre ellos.

5. Es el abrir el Templo propiamente dicho.

El operador va al Este del lugar, poniéndose de cara al Este.

(Si es posible, el Este del lugar coincidirá con el Este geográfico. A veces, los puntos cardinales no podrán ajustarse con exactitud a la especial geometría de la habitación. Lo mejor suele ser adaptarse a ésta. Debe recordarse entonces que el Este místico es siempre hacia donde se pone mirando el sujeto en primer lugar, de acuerdo con las correspondencias espaciales del círculo-cruz.)

A continuación se traza hacia delante un círculo-cruz en vertical de la siguiente forma:

a) Con el signo de invocación, se extiende el brazo derecho hacia arriba hasta tocar, digamos muy levemente, la oreja derecha con el brazo.

b) Se describe entonces con convicción un círculo en vertical en el sentido de las agujas del reloj con el extremo de los dedos índice y medio que están extendidos. Hay que asegurarse de que la figura descrita se aproxime lo más posible a una circunferencia. Puede practicarse al principio frente a un espejo.

c) Se ha cerrado el círculo con la misma posición inicial del brazo extendido hacia arriba. Estamos en la posición de las doce si el círculo fuera un hipotético reloj. Entonces simplemente se torsiona el brazo 90° , quedando los dedos en posición perpendicular a la anterior. Con un movimiento firme se baja la mano verticalmente hasta la posición de las seis. El movimiento es como si se estuviera partiendo verticalmente en dos el círculo anterior. Ha quedado así trazado el palo vertical de la cruz.

d) Se dobla el codo y se lleva a continuación la mano a la posición de las nueve del círculo, habiendo torsionado de nuevo la mano para que los dedos vuelvan a estar paralelos a la horizontal.

e) Con un movimiento semejante al del paso c) se divide el círculo horizontalmente. Es decir, se lleva la punta de los dedos desde las nueve hasta coincidir con la posición de las tres. Queda así delineado el palo horizontal de la cruz. Éste se halla más o menos a la altura del hombro.

(Nota importante: En toda la operación todos los círculos y líneas que se trazan deben visualizarse en lo posible como constituidos de una energética luz blanca purísima.)

f) El operador tiene trazado ante sí un círculo-cruz luminoso y radiante. Desde la posición de las tres dobla el codo hasta apoyarse más o menos en el lado derecho del tronco. Se torsiona de nuevo el brazo para que la dirección de la palma sea otra vez vertical. Entonces se extiende el brazo en horizontal para presionar o “pinchar” el centro del círculo-cruz, formado por la intersección de sus palos vertical y horizontal, mientras se dice en voz alta con autoridad:

“Yo abro el Templo en el Este”.

g) Tras unos instantes de contemplación, sin recoger el brazo (porque el extremo de los dedos va a trazar un círculo completo alrededor del lugar de trabajo), se da un paso hacia la derecha pasando la pierna izquierda por delante de la derecha, quedando los pies en un ángulo de aproximadamente 20°. En el círculo que los pies van a describir en el suelo, el pie derecho está en la posición de las doce y el izquierdo en el punto medio del cuadrante entre las doce y las tres. Lo que deben quedar separadas las piernas depende de la extensión del área a cubrir.

A continuación, sin mover el pie izquierdo, se lleva el derecho a la posición de las tres. Todo ello con el brazo estirado que describe un círculo más amplio.

Por último, el pie izquierdo se reúne con el derecho y estamos con el brazo estirado frente al sur. En total son tres movimientos de las piernas que se hacen de una forma continua.

h) Se dobla el codo y se repite en el sur el trazado del círculo-cruz como antes, diciendo al final:

“Yo abro el Templo en el Sur”.

i) A continuación se va al oeste de la forma descrita y se abre allí el Templo. Luego se hace lo mismo en el norte.

j) Se retorna entonces por el mismo procedimiento de los tres pasos al este, asegurándose el operador de que ha completado un círculo completo en el suelo y con el extremo de los dedos.

k) El operador se dirige entonces de vuelta al altar, en el centro, y se pone detrás del mismo mirando hacia el este. Todos los movimientos y giros en el Templo deben realizarse en el sentido de las agujas del reloj, que simboliza “construcción y cosmos” de las agujas del reloj simboliza “destrucción y caos”.

l) Concentrándose en su significado, el operador enciende la vela. La llama de la vela sobre el altar es el símbolo directo y focalizador de la Presencia Divina.

m) A continuación extiende ambos brazos hacia delante con las manos abiertas y junta las palmas. Luego abre completamente los brazos hasta ponerlos en cruz, diciendo:

“El Templo está abierto”

6. Esto termina el procedimiento de apertura. Entonces se hace el trabajo para el que se ha abierto el Templo (ejercicios, meditaciones, etc.)

El Templo, como se ha dicho, construye y delimita un espacio sagrado. Una vez trazado el círculo nadie puede traspasar sus confines. En esto hay que ser absolutamente

inflexibles. Estamos construyendo una forma psíquica y ésta tiene que tener límites precisos o la energía se disiparía. Este principio de generación del poder – la ley de limitación – es válido en todos los niveles, internos y externos.

Si, por ejemplo, por una circunstancia accidental alguien ajeno al trabajo va a irrumpir inevitablemente en la habitación, antes de que ello suceda se hará un rápido ritual de cierre para que el lugar esté desconsagrado. O si hubiera una necesidad absoluta de que el operador, o alguno de los participantes en una meditación en grupo, tuviera que abandonar el lugar, habría que buscar una conclusión rápida y cerrar el Templo, teniéndose que abrir de nuevo (y quizá empezar desde el principio) si se va a reanudar el trabajo.

Esta es una norma básica tanto de seguridad como de eficacia.

7. Para terminar hay que **cerrar el Templo**. El procedimiento es más simple que el del acto de abrir. Normalmente basta con un acto de voluntad consciente expresado de una forma simple y precisa. Se procede de la siguiente manera:

Se pone uno de pie y se centra, asegurándose de que se halla de nuevo en su estado de conciencia habitual. Se da una patada contra el suelo con el talón del pie derecho. Esto constituye la “toma de tierra”. A continuación se apaga la vela. Por último, se ponen los brazos en cruz y se llevan extendidos hacia el frente hasta unir las palmas de las manos (el movimiento es exactamente el inverso que el de apertura). Entonces se dice:

“El Templo está cerrado.”

8. Es el momento de tomar las notas pertinentes en el diario personal y de resumir después las actividades cotidianas.

El estudiante practicará lo suficiente para que todos los movimientos y alocuciones sean para él segunda naturaleza y pueda concentrarse plenamente en su significado. Al abrir el Templo en cada dirección debe esforzarse por sentir que ha abierto las dimensiones correspondientes – tanto internas como externas – especificadas en el simbolismo.